

tiempo a una obra concebida con la mentalidad de un músico de los años 20. A este respecto mencionamos la controvertida banda sonora rockera de Giorgio Moroder para *Metrópolis* o el hecho alucinante de que un filme tenga dos partituras, como sucede con *Napoleón*, del que existen dos versiones: la de Carl Davis en una copia procedente de la Filmoteca inglesa por la gente que ha restaurado sus imágenes como Kevin Brownlow, y la de Carmine Coppola, en la versión de la Zoetrope Studios. Igual podríamos decir de *...Y el mundo marcha* (1928) de King Vidor, de la que conocemos tanto las versiones de Carmelo A. Bernaola como la de Carl Davis y *El acorazado Potemkin* (1925) de S. M. Eisenstein en la que la partitura original creada por Edmund Meisel coexiste con la concebida años después por Dimitri Shostakovich en la reposición mundial del clásico ruso. El caso in extremis estaría en el *Drácula* (1931) de Tod Browning, con las versiones dispares del compositor catalán Jordi Sabates y la del minimalista Philip Glass.

En la pasada Semana Internacional de Cine de Valladolid hubieron tres propuestas diferentes consistentes en tres opciones musicales muy diversas de acompañamiento musical. Por un lado la proyección de *Metrópolis*, el mítico filme futurista de Fritz Lang, con la partitura original que en su momento escribió el compositor Gottfried Huppertz, restaurada en la actualidad por Berndt Heller y tocada por la Orquesta Sinfónica de Castilla y León, con su obertura wagneriana y sus escenas culminantes en música descriptiva como las de la sala de máquinas. Otra convocatoria muy diferente fue la proyección de *El Golem* (Paul Wegener, 1914), en una copia de calidad impecable (pero coloreada), con música del guitarrista Gary Lu-

### Fibla y Arbol ponen música, con éxito, al cine de Ming-Liang

cas acompañado de partes pregrabadas que cuadraban bien con los momentos oníricos del filme. Al no existir una partitura original, la propuesta fue experimental e innovadora, igual que la que se desarrolló con la proyección de *Bu San* (2003), (en inglés, *Goodbye, Dragon Inn*) de Tsai Ming-Liang, por el dúo Fibla y Arbol, acompañados por el violín electrónico de Sara Pérez. Un espectáculo fascinante estrenado en su momento en Casa Asia de Barcelona, donde la música electrónica propuesta por el dúo se fundía a la perfección con las imágenes frías y desoladas de aquella sala de cine que veíamos en la película sólo poblada por fantasmas y por una mujer de la limpieza antes de ser derribado en una noche de lluvia. |



**EL DOBLE** La presentación multitudinaria de Cristiano Ronaldo tenía como objetivo crear un sentido instaurador, como si el Real Madrid fuera su club de toda la vida. Para ello usaron una imagen multiplicadora. BALLESTEROS/EFE



**PROFESIONAL** Zlatan Ibrahimovic tranquilizó a socios y directiva cuando demostró seguir con disciplina todos los pasos simbólicos ineludibles. Tras la arriesgada operación, el Barcelona no pedía nada más. MANU FERNANDEZ/AP



**MESIÁNICO** Karim Benzema saluda y besa el escudo del Real Madrid el día de su presentación en el estadio Santiago Bernabéu. El beso a la camiseta se combina con este gesto hacia el cielo, como dándole dimensión religiosa a su compromiso. MONDELO/EFE



**DISIDENTE** Samuel Eto'o se empeñó en no besar la camiseta del Inter, y convirtió esta negativa en la gran noticia de su presentación. Con su rechazo de esta imagen icónica quiso evidenciar su cinismo explícito. GIUSEPPE CACACE/AFP

**Iconofilias** Este gesto ahora responde al dinero

## El beso más caro del mundo

**JORDI BALLÓ**

¿Por qué los futbolistas besan la camiseta cuando acceden a su nuevo club? ¿Cuál es el origen simbólico de este amor por lo textil? Parece que el antecedente más directo de este ósculo es el beso a la bandera nacional. La "jura de bandera" militar viene a decirnos que el soldado asume la lealtad total a los colores del país que la bandera representa, sin la más mínima duda y para siempre. Este ritual de la bandera sigue teniendo su eco en algunos deportes individuales, donde no es extraño que atletas den la vuelta de honor en un campeonato agitando la bandera de su país y besándola. En este caso el beso parece de agradecimiento y una promesa de fidelidad que viene a decir: este es mi país, es el que me ha hecho como soy, el que me ha permitido llegar aquí y al que voy a servir por encima de todo.

Pero el beso del futbolista acabado de llegar es mucho más complejo, como podemos observar en el trasiego veraniego de esta pretemporada. Primero porque la importancia del beso a la camiseta es directamente proporcional al dinero que el club ha pagado por el futbolista. El jugador Álvaro Arbeloa, vuelto al Real Madrid donde se formó en su cantera, lo dejó claro: las grandes presentaciones son para los *cracks*, no para la gente como él. O dicho de otra manera: el que está obligado a besar la camiseta es el jugador más caro. Esta imagen parece necesaria (y de aquí el revuelo armado por Eto'o cuando no ha querido ofrecerla a su nueva afición interista), pese a que, y eso es lo mejor, el público sabe que no es cierta. El público sabe que no es un juramento para toda la vida, porque este jugador ha llegado al nuevo club tras triunfar en otro club

anterior (y por ello es tan caro su traspaso), y lo más seguro es que acabe reclamado en otro club en el futuro, que será la forma de que se demuestre su real rentabilidad para el club que lo acaba de comprar. Con lo cual estamos ante la gran paradoja doble del beso a la camiseta: a) un símbolo de fidelidad para toda la vida es ejecutado por un jugador cuyo máximo valor es ser pasajero y b) un gesto que es en su origen de tipo igualitario, se convierte en signo de riqueza, porque sólo tiene sentido de verdad si el que lo hace va a ganar muchísimo dinero.

Estamos pues ante una gran puesta en escena cínica, una aceptación simbólica de un gesto mercenario: besar la camiseta es como besar la bandera del país que me contrata para luchar. Por eso, cuando este jugador cambie de lugar deberá multiplicar e intensificar su gesto, para hacer comprender que el compromiso se renueva cada vez, negando sus propias imágenes del pasado. Hay tantas fotografías de Cristiano Ronaldo besando la camiseta roja del Manchester United, que el Real Madrid tiene que utilizar todo su arsenal multimedia para hacer ver que este beso al blanco es mucho más profundo y verdadero que todos los anteriores. Entre otras cosas, porque es el más caro. |